

## 6. Él murió por nosotros

El 26 de abril de 1955, el destacado teólogo luterano y erudito del Nuevo Testamento Oscar Cullmann (1902-1999) presentó una reveladora conferencia en la Capilla Andover de la Universidad Harvard, titulada: «¿Inmortalidad del alma o resurrección de los muertos? El Testigo del Nuevo Testamento». <sup>1</sup> Cullmann declaró que «nada muestra mejor la diferencia radical que hay entre la doctrina griega de la inmortalidad del alma y la doctrina cristiana de la resurrección» que el contraste entre la muerte del filósofo griego Sócrates y la muerte de Jesucristo. <sup>2</sup>

Para Sócrates, la muerte era la gran amiga del alma, ya que liberaba al alma de la prisión de su cuerpo. Así, el día de su muerte, bebió tranquilamente la copa de la cicuta venenosa. Por el contrario, para Jesús, la muerte era un enemigo aterrador que había que vencer. En Getsemaní, declaró: «Estoy muy triste, y siento que me voy a morir», e incluso oró: «¡Padre!, todas las cosas son posibles para ti. Aparta de mí esta copa; pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú» (Mar. 14: 34, 36, DHH, RV95). Desde la cruz, Jesús clamó: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» (Mar. 15: 34). ¡Jesús encontró su libertad y victoria final no en la muerte sino en la resurrección!

En este capítulo destacaremos la muerte sustitutiva de Cristo prefigurada por los sacrificios del Antiguo Testamento, predicha por Cristo mismo durante su ministerio terrenal y cumplida en la cruz del Calvario.

### La sombra de la cruz

Dios estableció el plan de salvación desde antes de la creación de este mundo. En el Pentecostés, el apóstol Pedro declaró que Cristo fue a la cruz «según el determinado propósito y el previo conocimiento de Dios» (Hech. 2: 23, NVI). Más tarde, Pedro escribió que Cristo fue escogido «antes de la creación del mundo» para ser sacrificado como el Cordero de Dios «en estos últimos tiempos» (1 Ped. 1: 20, NVI). No es de extrañar que Cristo se le mostrara al apóstol Juan a como el «Cordero que fue sacrificado desde la creación del mundo» (Apoc. 13: 8, NVI), o el «Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo» (vers. 8, RVC), en el sentido de que se ofreció a sí mismo para ser sacrificado cuando llegara el momento oportuno (Gál. 4: 4; Heb. 9: 26).

Algunas versiones traducen Apocalipsis 13: 8 de la siguiente manera: «Y la adorarán todos los que moran en la tierra, cuyos nombres no han sido escritos, desde la fundación del mundo, en el libro de la vida del Cordero que fue inmolado» (LBLA), mientras que otras traducen: «Y adoraron a la bestia todos los habitantes de la tierra, todos los que no tienen su nombre inscrito en el libro de la vida del Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo» (RVC). La pregunta es si la frase «desde la fundación del mundo» se relaciona con «inmolado» o con «escritos». Grant R. Osborne, opina:

«El orden de las palabras favorece a “inmolado” como el precedente, pero el texto

paralelo de [Apocalipsis] 17: 8 favorece a “escritos” (“cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida desde la fundación del mundo”). Si este modificara “el libro de la vida escrito”, transmitiría un mensaje de predestinación importante como en Efesios 1: 4-5, que de hecho es el mensaje en Apocalipsis 17: 8. Pero en este caso es mejor respetar el orden de las palabras y reconocer que es el plan redentor de Dios el que ha sido establecido «desde la fundación del mundo». Ese es el mensaje de 1 Ped. 1: 18-20 («Fueron rescatados [...] con la sangre preciosa de Cristo, sin mancha y sin contaminación [...], que ya había sido destinado desde antes de que Dios creara el mundo [RVC]»).

La Biblia enseña que «la paga del pecado es muerte» (Rom. 6: 23) y que «sin derramamiento de sangre no hay perdón» (Heb. 9: 22, NVI). Pero Dios concibió un plan por el cual Cristo tomaría el lugar de la humanidad pecadora y moriría por nosotros. El concepto de sustitución, que es el fundamento mismo de todo el plan de redención, estaba perfectamente ilustrado por el carnero que reemplazó a Isaac en el altar del monte Moriah (Gén. 22: 1-18), así como por todos los demás sacrificios ofrecidos durante la dispensación del Antiguo Testamento. «En todo sacrificio, se revelaba la muerte de Cristo. En toda nube de incienso, ascendía su justicia. Toda trompeta del jubileo hacía repercutir su nombre. En el pavoroso misterio del lugar santísimo, moraba su gloria».

Si «es imposible que la sangre de los toros y de los machos cabríos quite los pecados» (Heb. 10: 4, NVI), ¿cómo podía alguien en los tiempos del Antiguo Testamento ser perdonado de sus pecados y recibir la seguridad de la vida eterna? Aún más, ¿cómo Enoc y Elías, así como Moisés, fueron llevados al cielo siglos antes de que Cristo ofreciera su sacrificio expiatorio en la cruz del Calvario? No todos los aspectos del «misterio de la piedad» se pueden explicar completamente (1 Tim. 3: 16). Aun así, sabemos que la salvación estaba claramente disponible en los tiempos del Antiguo Testamento por gracia mediante la fe (Gén. 6: 8; 15: 6; Isa. 55: 1), pero dependía del futuro sacrificio expiatorio de Cristo. Como en el caso de una tarjeta de crédito, que se usa para hacer pagos, pero luego uno tiene que pagar la factura de la tarjeta de crédito, Cristo pagó la «factura» de la redención por toda la humanidad en la cruz.

Algunas personas condenan al Antiguo Testamento por sus innumerables sacrificios de animales inocentes, una práctica sumamente horrible para los que se preocupan por los derechos de los animales. Pero cuando estudiamos el tema, encontramos que estos espantosos sacrificios eran llamamientos divinos llenos de gracia a los pecadores indiferentes, instándolos a reconocer la malignidad de sus propios pecados y alejarse de ellos. El apóstol Pablo corrige la percepción errónea de que el Antiguo Testamento solo muestra una justicia divina sin amor y que el Nuevo Testamento solo muestra amor divino sin justicia. Señala que la plenitud de la justicia de Dios contra el pecado no se manifestó en los sacrificios del Antiguo Testamento, por numerosos que fueran, sino en la muerte del amado Hijo de Dios (Rom. 3: 25, 26). En otras palabras, en el Nuevo Testamento, Dios fue en última instancia más justo que en el Antiguo Testamento, en el que, de manera anticipada, salvó a innumerables personas, e incluso llevó a algunas al cielo, antes de que se hiciera el sacrificio de la cruz.

## **El camino a la cruz**

Cuando se cumplió el tiempo, Jesús nació en Belén de Judea, según la profecía de Miqueas 5: 2 (cf. Gál. 4: 4). De los labios de su madre «y de los rollos de los profetas, aprendió las cosas celestiales».<sup>5</sup> A los doce años, fue con sus padres a Jerusalén para la fiesta de la Pascua (Luc. 2: 41–50). Al contemplar a los sacerdotes vestidos de blanco llevando a cabo los rituales sagrados, «el misterio de su misión se estaba revelando al Salvador», y reconoció que «era el Hijo de Dios».<sup>6</sup> Allí, en su diálogo con los principales rabinos, «Jesús presentó la profecía de Isaías, y les preguntó qué significaban aquellos textos que señalaban los sufrimientos y la muerte del Cordero de Dios».<sup>7</sup> Dieciocho años después, Juan el Bautista vio que Jesús venía hacia él y exclamó: «¡Aquí viene el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!» (Juan 1: 29, NBV).

En la conversación que tuvo con Nicodemo, Jesús comparó su propia crucifixión con la serpiente de bronce que Moisés levantó en el desierto (Núm. 21: 6-9; Juan 3: 14, 15). Cuando se retiró a Cesarea de Filipo, Jesús les habló explícitamente a los discípulos sobre su muerte y resurrección, pero Pedro lo reprendió por hablar cosas aparentemente tan absurdas (Mat. 16: 13, 21–23; Mar. 8: 31-33; Luc. 9: 22). De regreso en Galilea, Jesús abordó el mismo tema haciendo incluso más hincapié en ello: «Escúchenme y recuerden lo que digo [...]. Sin embargo, ellos no entendieron lo que quiso decir» (Luc. 9: 44, 45, NTV; véase también Mat. 17: 22, 23; Mar. 9: 30-32). Mientras viajaban a Jerusalén, Jesús alertó a sus discípulos de su muerte y resurrección inminentes, pero una vez más, sus mentes permanecieron bloqueadas (Mat. 20: 17-19; Mar. 10: 32-34; Luc. 18: 31-34).

En su último día en el templo de Jerusalén, Jesús declaró: «El juicio de este mundo ha llegado ya, y el príncipe de este mundo va a ser expulsado. Pero yo, cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos a mí mismo» (Juan 12: 31, 32, NVI). Y el registro del Evangelio agrega: «Con esto daba Jesús a entender de qué manera iba a morir» (vers. 33, NVI). En la última cena con sus discípulos, Jesús se refirió al pan como un símbolo de su cuerpo, el cual sería partido por la humanidad pecadora. También agregó que el vino era un símbolo de su sangre que sería «derramada por muchos para el perdón de pecados» (Mat. 26: 28, NVI; cf. 1 Cor. 11: 23-25). Mientras estaba en Getsemaní, la agonía de llevar sobre sí mismo los pecados de todo el mundo lo llevó a exclamar a sus discípulos: «Es tal la angustia que me invade, que me siento morir» (Mat. 26: 38, NVI).

## **El altar del amor de Dios**

La misión redentora de Cristo «lo llamó del trono al misterio del altar de la cruz del Calvario».<sup>8</sup> Todo su ministerio terrenal apuntaba y conducía hacia su sacrificio expiatorio por los pecados del mundo. Cuando los soldados romanos lo clavaron en la cruz (Mat. 27: 27-44), en el altar de la cruz no había otro sacerdote que pudiera realizar ese sacrificio crucial, sino solo él. El erudito australiano del Nuevo Testamento Leon Morris no pudo haberlo expresado mejor: «Todos los demás sacerdotes no tenían otra alternativa que ofrecer víctimas que no eran ellos mismos. Solo él podía ser a la vez Sacerdote y Víctima. Su sacrificio es único, único en su especie y único en calidad».<sup>9</sup>

Luego de que lo azotaron, que le pusieron una corona de espinas, que se burlaron de él, que lo escupieron y de haber sido víctima de blasfemias, Jesús finalmente gritó: «¡Consumado es!» y murió (Juan 19: 30). Ese fue el poderoso grito de triunfo sobre Satanás

y los poderes del mal, poderes que todavía causan estragos pero que ahora están condenados por el juicio de Dios (Mat. 8: 29). Ese fue el grito final del Cordero de Dios que murió en nuestro lugar para que, por su muerte, podamos vivir. En las conmovedoras palabras de Elena G. de White:

«Cristo fue tratado como nosotros merecemos a fin de que nosotros pudiéramos ser tratados como él merece. Fue condenado por nuestros pecados, en los que no había participado, a fin de que nosotros pudiéramos ser justificados por su justicia, en la cual no habíamos participado. Él sufrió la muerte nuestra, a fin de que pudiéramos recibir la vida suya. “Por su llaga fuimos nosotros curados” (Isa. 53: 5).

»Por su vida y su muerte, Cristo logró aun más que restaurar lo que el pecado había arruinado. Era el propósito de Satanás conseguir una eterna separación entre Dios y el ser humano; pero en Cristo llegamos a estar más íntimamente unidos a Dios que si nunca hubiéramos pecado. Al tomar nuestra naturaleza, el Salvador se vinculó con la humanidad por un vínculo que nunca se ha de romper».<sup>10</sup>

¿Por qué Cristo murió de una muerte tan horrenda? La respuesta la encontramos en tres motivos convergentes. Primero, en Cristo quedó demostrada la plenitud de la justicia de Dios contra el pecado para la salvación de la humanidad (Rom. 3: 24-26; 2 Cor. 5: 21). En segundo lugar, Satanás indujo a Judas y a los líderes judíos a exigir que Jesús fuera crucificado (Mat. 27: 20-26; Juan 13: 2, 27; 14: 30). En tercer lugar, Dios usó esta forma de muerte tan drástica para grabar en nuestra mente insensible la malignidad del pecado y el asombroso amor que Dios tiene por nosotros (Isa. 52: 13-53: 12; Rom. 5: 6-11; 6: 23). «La cruz es, para nuestra atrofiada percepción, una revelación del dolor que, desde su comienzo, produjo el pecado en el corazón de Dios».<sup>11</sup> «Nada menos que la muerte de Cristo podía hacer eficaz para nosotros este amor».<sup>12</sup>

El evangelista y maestro bautista escocés Oswald Chambers nos advierte: «Nunca construyas tu caso para pedir perdón sobre la idea de que Dios es nuestro Padre y nos perdonará porque nos ama. Eso contradice la verdad revelada de Dios en Jesucristo. Hace que la cruz sea innecesaria y la redención “mucho ruido y pocas nueces”. Dios perdona el pecado solo por la muerte de Cristo. Dios no podría perdonar a las personas de otra manera que por la muerte de su Hijo, y Jesús es exaltado como Salvador debido a su muerte».<sup>13</sup>

El teólogo alemán Erich Sauer señala que no debemos minimizar el significado del sacrificio expiatorio de Cristo por su resurrección. Sauer afirma: «La cruz es el acontecimiento más grande en la historia de la salvación, más grande incluso que la resurrección. La cruz es la victoria, la resurrección el triunfo; pero la victoria es más importante que el triunfo, aunque este último sigue necesariamente al otro. La resurrección es la manifestación pública de la victoria, el triunfo del Crucificado. Pero la victoria en sí fue completa. “Consumado es” (Juan 19: 30)».<sup>14</sup>

No es de extrañar que el apóstol Pablo haya dicho tan categóricamente: «Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo ha sido crucificado para mí y yo para el mundo» (Gál. 6: 14). Asimismo, las huestes celestiales dijeron a gran voz: «El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza» (Apoc. 5: 12). Y la «gran multitud» de los redimidos también clamará a gran voz: «¡La salvación pertenece a nuestro

Dios, que está sentado en el trono, y al Cordero!» (Apoc. 7: 9, 10). Gracias a su muerte sustitutiva, viviremos eternamente. ¡Que nosotros, por la gracia de Dios, seamos parte de esa gran multitud!

1. Oscar Cullmann, «Immortality of the Soul or Resurrection of the Dead? The Witness of the New Testament», *Harvard Divinity School Bulletin* 21 (1955-1956): pp. 5-36. *Oscar Cullmann, Immortality of the Soul or Resurrection of the Dead? The Witness of the New Testament* (Londres: Epworth, 1958).
2. *Ibid.*, p. 12; *Ibid.*, p. 25.
3. Grant R. Osborne, *Revelation*, Baker Exegetical Commentary on the New Testament (Grand Rapids, MI: Baker Academic, 2002), p. 503.
4. Elena G. de White, *El Deseado de todas las gentes*, cap. 21, p. 187.
5. *Ibid.*, cap. 7, p. 53.
6. *Ibid.*, cap. 8, pp. 61, 64.
7. *Ibid.*, p. 62.
8. Elena G. de White, *Ser semejante a Jesús*, p. 280.
9. Leon Morris, *The Cross in the New Testament* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1965), p. 290.
10. *El Deseado de todas las gentes*, cap. 1, p. 16.
11. White, *La educación*, cap. 31, p. 238.
12. *El Deseado de todas las gentes*, cap. 72, p. 629.
13. Oswald Chambers, «Consumado es» en *En pos de lo supremo: El libro de oro de Oswald Chambers*, (Grand Rapids, MI: Publicaciones Nuestro Pan Diario, 2021), lectura para el 21 de noviembre.
14. Erich Sauer, *The Triumph of the Crucified: A Survey of Historical Revelation in the New Testament* (Londres: Paternoster Press, 1951), p. 32.